

## V. EL CASO DE FRAU A.

Entre los pacientes de los primeros tiempos se encontraba una mujer de cierta edad que acudió por primera vez al Sanatorio Groddeck en 1901. Enferma crónica, se quedó allí algún tiempo, mejoró y después se fue, para volver periódicamente para otra “curación”. Frau A. experimentó en su tratamiento los cambios en la práctica de su médico en un periodo de doce años.

Había estado bajo tratamiento en Berlín durante varios meses antes de ir a Baden-Baden. Uno de los médicos a los que consultó la había remitido a Groddeck. Podía probarlo. Se decía que él prefería los casos crónicos. Además, el aire era muy puro en Baden-Baden y las aguas minerales no podían hacerle ningún daño.

Frau A. nunca había estado allí. Cuando la condujeron por las calles limpias, en el coche, vio filas de casas con letreros que anunciaban médicos y tratamientos. Casi en cada manzana había anuncios: Sanatorio, Pensión de Salud, Médico. No había modo de saber qué “Médico” era autodidacto, ya que no había restricciones legales y cualquiera podía llamarse médico. Algunos amigos le habían advertido que Baden-Baden era un refugio para charlatanes, como todos los balnearios de aguas medicinales, y que debía tener cuidado. Por supuesto, se había asegurado de que el Dr. Groddeck era un médico de buena fe, pero no dejaba de estar nerviosa. Había oído decir que era autoritario y desconcertante, y que era un recién llegado, bastante joven.

A la señora le gustó el aspecto del edificio donde se detuvo el coche. La pintura estaba fresca, los vidrios de las ventanas resplandecían y había flores junto a la puerta. Decidió que debía comprobar las cosas por sí misma.

La recibió una doncella impasible, con aire tranquilizador. La entrada olía a pulimento de muebles y a rosas. La doncella tomó su maleta y la condujo por las escaleras, hasta su cuarto. La siguió una mujer pálida y delgada, que examinó la habitación con ojo crítico para comprobar que todo estaba en orden, despachó a la doncella para que fuera por la bandeja del té y se presentó como Fräulein Lina, la hermana del doctor.

Mientras descansaba sobre las grandes almohadas de la cama, Frau A. hizo muchas preguntas. Cuando se enteró por Fräulein Lina de que el Dr. Groddeck había sido un estudiante favorito del gran Schweninger, se sintió satisfecha.

Llegó el té, y Frau A. estaba ansiosa de que Lina oyera su historia. Estaba enferma de los riñones, exactamente igual que su pobre madre, ya fallecida. Había cuidado a su madre infatigablemente hasta que la muerte liberó piadosamente a la enferma, y después no había escatimado ningún esfuerzo al cuidar a su padre enfermo, que también tuvo malos síntomas en los riñones al final de su vida. Ahora, era ella la que sentía el mismo terrible dolor y malestar. Tres médicos famosos habían sido incapaces de ayudarla en lo más mínimo. Sólo tenía una vaga esperanza de encontrar ayuda en aquel lugar.

Fräulein Lina le aseguró que allí mejoraría. Cuando la dejaron descansando con la promesa de que el doctor la examinaría por la mañana, Frau A. se reclinó pesadamente contra las almohadas, protegiéndose con una mano la espalda, donde el agujón del dolor no desaparecía nunca. Los insectos zumbaban en el jardín, las aguas de un arroyuelo producían un sonido tranquilizador y regular, y se quedó dormida. Despertó al amanecer y vio sombras en la pared blanca: las grandes ramas temblorosas de un árbol cercano a la ventana. Un niño reía. En algún lugar de la casa cantaba una voz de tenor. Frau A. se movió cuidadosamente en la cama para evitar el dolor. Respiró contenidamente. Era un lugar apacible y hermoso; tomaría baños de agua mineral, que era probablemente lo que siempre había necesitado, y se pondría bien.

A las siete y media de la mañana la despertó un fuerte toque en la puerta. Le llevaron en una bandeja un desayuno no muy abundante. Apenas lo había terminado cuando llegó el doctor.

Era un hombre alto; el cuarto se llenaba con su presencia. Sus fríos ojos azules la miraban directamente y la acusaban silenciosamente de estar enferma. La examinó con rapidez y ella lo contempló incómoda. El médico se tenía en pie y avanzaba rígidamente; tenía el cráneo afeitado y tostado por el sol; sus orejas eran grandes, del color de la cera. Escuchó su historia, si estar en silencio es realmente escuchar. Era obvio que no le interesaba escuchar sus quejas, pero ella insistió. Por fin le dijo que podía acostarse, y se sentó como para sostener una amable conversación.

Pero su tono no era amable. Lo primero que dijo fue que ella debería someterse a una dieta estricta. Tenía que perder mucho peso. Ella protestó, poniéndose la mano en el abdomen hinchado. No era gordura, era inflamación causada por la enfermedad. Si comía menos, sólo se debilitaría.

Él se mostró inflexible. La señora pesaba demasiado. Tomaría sus alimentos en el comedor y no comería sino lo que le sirvieran. Además de la dieta, el tratamiento incluiría baños de agua mineral.

Ella aceptó. Era un débil esfuerzo por mostrarse conciliadora, dijo que había oído hablar de los efectos benéficos de las aguas.

El médico ordenó baños de asiento y baños de brazos.

¿Baños de brazos? Ahora estaba segura de que no la había escuchado. Se puso la mano en el costado y le habló de su dolor. Él estaba cometiendo un error. No tenía dolor en los brazos.

Pues tendría que darse baños de brazos. El médico se mostró inexorable. También le darían un masaje diario. Él mismo le daría el masaje. Y haría regularmente ejercicios.

Frau A. apeló a su razón. Explicó, esperanzada, que tenía cerca de setenta años. Estaba enferma. Si se cura la enfermedad y se mata al paciente, eso es absurdo, ¿verdad? Esperó una respuesta, pero el semblante del médico no cambió. No había hecho ejercicio desde hacía treinta años. ¿Consideraba el doctor realmente prudente empezar ahora mismo?

Sí lo consideraba. Se inclinó, le deseó buenos días y salió.

Frau A. sintió que el corazón le latía rápidamente. Se sentía a punto de caer. ¿Podía irse esa misma mañana si lo deseaba? ¿O no era ya sino una prisionera en aquel lugar? ¿Qué sucedería si decía: “Llamen un coche. He decidido volver a Berlín”?

Probaría los baños una vez antes de irse. La asistente le aseguró que podía irse cuando lo deseara, pero los pacientes del Sanatorio Groddeck nunca se iban por su propia voluntad, ya que todos mejoraban.

Impasible y meticulosa, la enfermera conversó con Frau A. mientras le aplicaba toallas muy calientes en los brazos. Reconoció que algunos pacientes morían. Por supuesto, algunos estaban medio muertos cuando llegaban. Uno había fallecido en el tren. Otro había caído muerto en el umbral de la puerta. Otros médicos gustaban de despachar a sus hogares a los pacientes sin aparente remedio, pero no el Dr. Groddeck. Naturalmente, no podía hacer mucho por los moribundos, pero aun algunos de ellos mejoraban.

Frau A. movió la cabeza. No entendía. Tenía trastornos en los riñones. ¿Para eso ordenaba baños de brazos? Eso era absurdo. Para los trastornos en los riñones ¿qué bien podían hacerle las toallas calientes en los brazos? Eso no era razonable.

Quizás no lo pareciera, dijo la asistente, echando más agua caliente en la bañera donde se encontraba sentada la anciana. Pero si el doctor ordenaba baños de brazos, entonces los baños de brazos eran algo razonable.

Mientras descansaba en su cuarto poco después, Frau A. esperaba su masaje. El agua caliente le había producido un efecto agradable. Un buen masaje indudablemente no le haría mal. Estaba agradablemente soñolienta cuando entró el médico.

Llevaron una mesa y ayudaron a Frau A. a acostarse encima, boca arriba. Y entonces el doctor subió sobre la mesa y se arrodilló sobre su abdomen. Le dijo que respirara profundamente.

La señora no podía ni hablar. ¡El hombre estaba loco! Apenas podía tomar aire.

El médico esperaba pacientemente. Movi6 las rodillas para ponerse en una posici6n m6s firme. Luego, sigui6 esperando.

Frau A. lo intent6. Inhal6 ligeramente. El m6dico orden6 que volviera a respirar, m6s profundamente esta vez. Ella hizo un esfuerzo por respirar unas cuantas veces, convencida de que su 6nica esperanza de escapar estaba en la obediencia. 6l la oblig6 a respirar seis veces antes de ponerse en pie.

Le dijo, hablando con lentitud, que al d6a siguiente todo ser6a m6s f6cil y que har6an m6s. Se inclin6 y sali6. La se6ora se qued6 en la cama un largo rato, agotada, asombrada y divertida. S6, le daban ganas de re6r. Era risible ese tratamiento. Era realmente divertido. El hombre era un lun6tico.

Se enojaba por las peque6n6simas porciones de alimento que le serv6an. Aquel hombre trataba de matarla de hambre, o de debilitarla fatalmente. Una rebanada de pan, un poco de fruta y una taza de t6 para el desayuno. Al mediod6a, un poco de pescado hervido, una zanahoria cocida, una taza de t6 y una galleta. Y le ordenaba caminar, una milla diaria los primeros d6as, una distancia mayor despu6s. 6Qu6 dir6an de 6l si ella se desmayaba en el camino, si la encontraban sin conocimiento o muerta en el bosque?

Le mand6 a su m6dico de Berl6n un informe de los hechos, sin comentarios, dejando que 6l decidiera por s6 mismo qu6 clase de mani6tico ten6a que ser aquel Groddeck. Le escribi6 a una amiga, quej6ndose en detalle, de modo que alguien cercano a ella pudiera tener un registro escrito de sus peripecias.

En la tercera semana, la amiga le hizo una pregunta en una carta. Si el doctor estaba loco y el tratamiento era insoportable, 6por qu6 se quedaba Frau A?

6Por qu6? Hab6a varias razones. La hab6a enviado un m6dico famoso; quer6a asegurarse de que nunca volver6a a mandara a nadie. Adem6s, a los setenta a6os, no se toma f6cilmente una decisi6n, ni siquiera la de hacer las maletas e irse a casa. Por 6ltimo, 6qu6 la esperaba en su casa? Viv6a sola. Siempre estaba enferma, siempre adolorida. Hab6a aqu6 otros pacientes, una docena o m6s, muchos de ellos personas con las que se pod6a trabar amistad. Con frecuencia tomaban juntos el caf6 por la tarde. Todos estaban de acuerdo en que los m6todos de Groddeck eran incomprensibles, pero dec6an que sus resultados eran buenos. Quer6a ser justa y para ser totalmente honrada, ten6a que reconocer que progresaba algo. Su abdomen se iba deshinchando, la inflamaci6n hab6a desaparecido, hab6a empezado a expulsar piedras, apenas le dol6a la espalda y dorm6a, probablemente por el maravilloso aire puro, tan profundamente como una criatura.

Frau A. permaneci6 en el sanatorio cinco semanas. Volvi6 a su casa pesando veinte libras menos, sin dolores y con m6s energ6as de las que hab6a tenido en muchos a6os. Le cont6 a todo el mundo su extraño tratamiento: los dolorosos masajes, los ba6os de brazos y la tiran6a del m6dico chiflado, y siempre terminaba su relato expresando la opini6n de que estaba loco, completamente loco, pero diciendo que la hab6a curado. Ya estaba perfectamente.

Muchos a6os despu6s, Groddeck escribi6 una obra donde describ6a el caso de Frau A.

En 1901, una se6ora de edad vino a verme para someterse a tratamiento. Se quejaba de continuos dolores en la espalda y ocasionales ataques de espasmos abdominales. No era dif6cil diagnosticar c6lculos renales y, como la paciente era muy corpulenta y el abdomen estaba duro e inflamado, le orden6 una dieta muy rigurosa. Para modificar las condiciones digestivas y circulatorias, se le dieron a la paciente ba6os calientes de asiento y ba6os de brazos, y mediante masaje abdominal y ejercicios de respiraci6n, logr6 relajar los 6rganos internos, y en especial los ri6ones. En relaci6n con esto debo explicar que en estos casos acostumbro arrodillarme sobre el est6mago del paciente y ordenarle que respire profundamente; de esta manera se ve obligado a valerse del diafragma muy en6rgicamente para respirar y expulsar as6 los contenidos fluidos de las v6sceras, la sangre y la linfa. El tratamiento result6 bien en este caso. En unas cuantas semanas la paciente expuls6 varias piedras de diversos tama6os y el dolor desapareci6 totalmente.

No a todos los pacientes se les aplicaba el tratamiento que recib6 Frau A., pero el suyo no fue inhabitual y en cada tratamiento hab6a un elemento invariable: el doctor deb6a ser incondicionalmente obedecido.

Como Schweninger había demostrado con Bismarck, la primera consulta debía establecer el absoluto dominio del médico. Casi todas las prácticas de Groddeck suponían cierto dolor o malestar para el paciente, algunos sacrificios en la alimentación y ejercicios desacostumbrados. Al mismo tiempo, sus pacientes lo llamaban tirano y lo acusaban de carecer de sentimientos, y mansamente se sentaban a esperar el siguiente tratamiento. Nadie daba por terminada su estancia en el sanatorio mientras el doctor no la autorizaba.

Algunas veces, las órdenes eran crueles. Un paciente que no podía comer determinados alimentos sin sentir náuseas, sólo recibía esos alimentos. Un paciente que sentía dolor al moverse recibía la orden de no dejar de moverse. A un paciente que protestara sollozando: “¡Si hago lo que usted me dice, no hay duda de que me moriré!” se le respondía tranquilamente: “Será mejor para usted morir que desobedecerme.”

Sólo ante el paciente moribundo era distinta su actitud. Consideraba que la muerte no era nada; era morir lo que resultaba difícil. Nunca dejaba que un paciente muriera solo, ni siquiera un paciente que hubiera perdido el conocimiento. Tampoco se mostraba dispuesto a reconocer que la muerte fuera inminente. Había que luchar contra la muerte hasta el último momento. Cuando Lina, en 1903, mostró los síntomas indudables de que le fallaba el corazón, hizo todo lo que podía por ayudarla y cuando se dio cuenta de que era inútil, se sentó al lado de su cama durante horas, hablando de una excursión que harían a la Selva Negra al día siguiente, hizo que empacaran sus cosas en una maleta delante de ella. Lina murió sonriendo ante la perspectiva de un día de fiesta inesperado con su hermano. No tuvo que enfrentarse a la realidad de que estaba muriendo, peor él si se enfrentó y, cuando Lina lo abandonó, Groddeck derramó lágrimas.

Unos cuantos meses después, demasiado tarde para que su madre se sintiera orgullosa o su hermana feliz, se publicó su primer libro, *Ein Frauenproblem (un problema ginecológico)*. Nunca traducido, salvo por un extracto, tuvo una venta respetable en Alemania.

Se mantuvo ocupado y siguió escribiendo, pero empezó a sentirse mal. Poco después de la muerte de Lina observó que le estaba saliendo bocio. Empezó con una ligera inflamación en el lado izquierdo, y luego en el derecho. Lo describió así:

...desarrollos fibrosos en crecimiento desordenado, concreciones duras de una inflamación, alrededor de las cuales se depositaron tejidos muy relajados. Lentamente se agrandaron los núcleos y los tejidos recién formados; a ello siguió una inflamación del triángulo de la garganta así como de la cara. En unos cuantos años, el tamaño del cuello creció de 39 a 45 cm.

El bocio no le impidió trabajar. Siguió escribiendo. En 1905 se publicó una novela, *Ein kind der Erde (Un hijo de la tierra)*, dedicado a “mi mujer y a mis hijos”, y en lo sucesivo siempre tuvo en su escritorio algún libro en proyecto. Escribía artículos médicos así como obras de ficción, y constantemente dejaba a un lado una novela para acabar uno de esos trabajos. En su mayoría, se referían a los métodos y teorías de Schweninger, y planeaba un libro sobre él para no especialistas. La fama de Schweninger se debía principalmente a su tratamiento de Bismarck y a la muy discutida cura de la obesidad, pero su principal tesis -La Naturaleza Cura- no había recibido atención. El libro, planeado durante años, fue aplazado una y otra vez, primero por la novela, después por un poema que constituía un libro, *Die Hochzeit des Dionysos (El matrimonio de Dioniso)*, que se publicó en 1906.

Ese mismo año recibió la noticia de que su hermano Wolf había muerto en Berlín, dejando una esposa y cuatro hijos pequeños. Groddeck se encargó de mantener a la familia. Quizás los otros hermanos tenían demasiadas obligaciones; como cuando había muerto su padre, no había “nadie que pudiera o quisiera trabajar” para la familia de Wolf.

Georg no había estado en contacto estrecho con sus hermanos. Bummi reconoció, cuando el hermano más joven confesó cuánto había idolatrado al mayor, que apenas se había dado cuenta de su existencia cuando era niño. Tres años después de la muerte de Wolf, Bummi murió del corazón. Ahora sólo queda de la familia Hans, y Groddeck emprendió una mayor actividad. Llegó a ser el conferencista de planta de un grupo de trabajadores en Baden-Baden que habían formado un club “para la educación y la discusión”.

Hablaba de lo que le preocupara en el momento: la protección de los recursos naturales, cuestiones de bienestar social, las maneras de ganar fuerza mediante el esfuerzo unificado. Leyó la obra de Robert Owen y veía con optimismo los movimientos cooperativos. Organizó una sociedad de debates. En sus horas libres trabajó en una crítica de los dramas de Ibsen, *Tragödie oder Komödie (Tragedia o comedia)*, que se publicó en 1910. Escribió una colección de ensayos, *Hin zur Gottnatur (Hacia la naturaleza divina)*, publicado al año siguiente. Organizó una sociedad cooperativa y llegó a presidente del consejo.

Siguió aplazando el libro sobre Schweninger. Quería que fuese “de primera”, y planeó tomarse unas largas vacaciones en invierno para poder escribir un libro con tranquilidad. Pero antes de empezar, pasó por una especie de conversión. Hizo un descubrimiento que cambió todo: su práctica, su personalidad y su vida futura.

**V. “El caso de Frau A.”, pp. 35-41, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.**

*Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck*

*Volver a News 6-ex-60*